

Sobre el blasfemo

I.

Vivo en Roma, detrás del Campo dei Fiori. Esto significa que casi todos los días tengo el privilegio de pasear, alegremente, por el lugar donde, hace cuatrocientos años, Giordano Bruno fue quemado por la Inquisición. En el punto donde se alzó la hoguera, se encuentra hoy un solemne monumento de bronce, hecho en 1887 por Ettore Ferrari. Como la personificación del río Nilo en la cercana plaza Navona (la única estatua fluvial que Bernini representó con la cabeza escondida), el rostro del dominico no se muestra abiertamente. Sus ojos permanecen en la sombra, cubiertos por la capucha. Por el contrario, sobre el ancho zócalo de mármol, sobresalen bellamente los retratos de ocho héroes de la libertad de pensamiento, a saber: Giulio Cesare Vanini, Aonio Paleario, Miguel Servet, Johann Wycliff, Johann Huss, Petrus Ramus, Tommaso Campanella y Paolo Sarpi.

Sería inútil buscar sus nombres en las guías turísticas. Todo lo que descubrí en relación con ellos proviene de un álbum de historietas, italiano pero con título francés: *Martin Mystère*. En el número 136 de la colección, fechado en julio de 1993 y dedicado al *Teatro de la memoria*, el protagonista epónimo se precipita sobre Roma tras las huellas de un inestimable tesoro desaparecido, que perteneció a Giordano Bruno. Hay que reconocer que la aventura tiene un desenlace realmente sorprendente. Martin Mystère y su asistente encontrarán, en sus actualizadas *Caves du Vatican*, no aquel Teatro del Mundo proyectado por Giulio Camillo, no aquella máquina de la memoria tan hondamente estudiada por Paolo Rossi o Frances Yates, sino algo completamente inesperado: un modelo de prototelevisión. Es como decir que el crimen del filósofo habría sido el de someter la

voluntad ajena por medio de un aparato dotado de peligrosos poderes mágicos. No esta nada mal por tratarse de una historieta.

Pero es fácil comprender qué zozobra me asaltó cuando, terminada la lectura, recordé que el Campo dei Fiori desemboca en un espacio abierto llamado Plaza del Culebrón. Y debo reconocer que resulto duro aceptar semejante y terrible vecindad, que oculta no sé qué secreta advertencia.

II.

Estas breves consideraciones vienen a propósito de la reciente publicación, por la Secretaría de Estado del Vaticano, de un documento enviado a 141 cardenales por el Jubileo del Dos Mil. Los purpurados, provenientes de todos los países del mundo, lo discutieron en una asamblea general fijada para el 9 y el 10 de mayo de 1994, apenas dos días después de la clausura del Congreso Internacional *L'Europe: et si on recommençait par la culture?* organizado por la Sept/Arte en el auditorio de la Sorbona. Así, mientras en París se discutía sobre la intolerancia religiosa en una serie de mesas redondas dedicadas al caso Rushdie y a la persecución de los intelectuales argelinos, en Roma se volvían a plantear cuestiones análogas, pero de secular antigüedad.

La novedad del documento reside en el hecho de que, por primera vez, la Iglesia parece decidida a reconocer las culpas propias, sea en relación a los pueblos evangelizados por la violencia, sea respecto a los herejes. Tal autocrítica, tal *mea culpa* tan explícito, quizá no se había visto en toda su historia. Para encontrar algo parecido habría que remontarse al papa holandés Adriano VI, el cual, intentando evitar el cisma luterano, admitió por escrito las degeneraciones de la Santa Romana Iglesia. En cualquier caso, el actual *memorandum* (anónimo pero publicado con la aprobación papal) llega ciertamente mucho más allá, hasta afirmar: «¿Cómo callar ante tantas formas de violencia perpetradas en nombre de la fe? Guerras de religión, tribunales de la Inquisición y otras formas de violar los derechos de las personas». Sigue el texto: «Es significativo que unos métodos coercitivos, lesivos de los derechos humanos, hayan sido aplicados después por ideologías totalitarias del siglo XX y todavía se empleen por los fundamentalistas islámicos».

A pesar de las críticas surgidas de los medios más tradicionalistas, tal toma de posición fue recibida con gran interés. Pero entonces, integrismo por integrismo, ¿cuánto tiempo deberá esperar Rushdie para ser rehabilitado como Giordano Bruno? ¿Podrá serlo en vida?

III.

El rostro del filósofo, como se ha dicho, no es mostrado abiertamente y sus ojos permanecen en la sombra, cubiertos por la capucha. El detalle, en apariencia insignificante, fue notado y comentado por un ilustre estudioso. En una conferencia dictada en Nápoles el 8 de mayo de 1986, Luigi Firpo habla del monumento del Campo dei Fiori con palabras de pleno y abierto elogio: «El escultor Ferrari construyó una estatua de gran sugestión: con genial invención representó a Bruno con la capucha dominica caída sobre los ojos, proyectando su sombra sobre el rostro (porque Bruno, siendo pobre, no podía pagar a un pintor para que lo retratase, por lo cual carecemos de retratos suyos). Entonces: esta sombra que cae sobre su cara es, en parte, la sombra de la muerte y, en parte la incerteza de su semblante real; pero conocemos de sobra el rostro de su alma, de su espíritu, que permanece como un gran ejemplo de coherencia»¹.

En su introducción al riquísimo volumen *Il processo di Giordano Bruno*, Diego Quagliani ha puesto en relación este hecho con el emblema *Umbra profunda sumus*, que el pensador de Nola puso como epígrafe en el *De umbris idearum*. Fue precisamente recurriendo a esta enseña, agrega Quagliani, que Firpo quiso terminar otra intervención suya: «Bruno había dicho de sí mismo (...) que era una sombra profunda y que no se atormentaran los incultos, pues una empresa tan ardua requiere gente docta»². Que se trataba de una conclusión particularmente cara al historiador, lo demuestra la analogía con la del mismo *Processo di Giordano Bruno*, donde se lee: «Giordano y sus jueces permanecen como personificaciones de dos mundos antitéticos, radicalmente inconciliables hoy como entonces. A los hombres de una y otra formación sólo se les puede pedir que las rientes contumelias de los oidores, su desaforado celo, no turben el debate que continúa hoy, tras la sentencia y la hoguera, allí donde la autoridad y la libertad se contraponen, en perenne dialéctica, en la historia del hombre» (página 115).

Tanta severidad contra incultos y oidores podría, con razón, asustar al lector no especializado. Pero nada sería tan erróneo como arrumbar el asunto en el gueto de la erudición... Al contrario, el rigor de sus páginas no hace más que acentuar el dramático movimiento narrativo del asunto. El libro se compone de dos partes. La primera propone la reimpresión (revista por el autor poco antes de su desaparición) del ensayo que había visto la luz entre 1948 y 1949 en las páginas de la *Rivista storica italiana*. La segunda, en cambio, ofrece una nueva e integral presentación de los documentos de archivo. Como ha observado el editor de la obra, los textos

¹ L. Firpo: *Il processo di Giordano Bruno, a cura di D. Quagliani, Salerno Editrice, Roma, 1993, p. XIX.*

² L. Firpo: «Giordano Bruno (1548-1600)», en *Ritratti di antenati, Einaudi, Torino, 1989, p. 124.*

reunidos son, por fin, el fruto de cuarenta años de trabajo: investigación, reunión, transcripción, edición, constitución de onomástico y aparato crítico, pero también una puntual redefinición de la cronología del proceso, todo resuelto y diluido en una prosa en la cual parecen alimentarse recíprocamente la lección metodológica y la nitidez expositiva.

Y he aquí los últimos capítulos de la causa. El 8 de febrero de 1600, tras siete años continuados de detención, Bruno sale del palacio del Santo Oficio para escuchar, junto a la plaza Navona, la sentencia final. La pena capital será cumplida nueve días más tarde, pero entre tanto fue decretado que sus escritos «sean públicamente destruidos y quemados en la plaza de San Pedro, delante de las escaleras» (p. 343). La obra, entonces, precederá a su autor.

IV.

Así como la palabra *liber*, en latín, significa, a la vez, *libro* y *corteza*, su equivalente alemán *Buch* resulta idéntico al sustantivo que designa al haya. Tales etimologías podrían entreabrir quizá qué decursos interpretativos, si no resultaran totalmente infundadas. Bien vista, de hecho, tal hipótesis muestra solamente qué grado de vitalidad tenía en quien la elaboró, el sentido casi táctil de los grafismos y caracteres tallados en madera. Ambas aproximaciones expresan, entonces, el deseo de encontrar un nexo entre la escritura y su soporte material, entre la letra y la fibra que la lleva.

De esta simple constatación surge un par de bellos textos editados por Melangolo. Aunque muy distintos por extensión, ámbito y destinatarios, los dos volúmenes aparecen reunidos por la misma pasión hacia el libro como objeto. En el primero, *Lengua, texto, enigma*, Paul Zumthor, medievalista notorio por sus investigaciones sobre la relación entre la lírica y la oralidad, se detiene sobre los juegos de palabras, los paragamas, la poesía figurada, las ambigüedades retóricas, el nacimiento de la autobiografía y la construcción del relato. En el comienzo de su itinerario, el capítulo «Genealogía del libro» ilustra, al contrario, la red de vínculos entre la escritura y el reino vegetal, antes señalada.

«Boves se pareba...» ¿Quién no recuerda esta adivinanza con la cual se abre la historia de las literaturas modernas? Aparece escrita en el margen de un libro de oraciones copiado en Verona en torno al año 800, y dice: «Ataba sus bueyes/ trabajaba una tierra blanca/ empujando el arado blanco/ sembraba una semilla negra». Respuesta: los dedos, el pergamino, la pluma y la tinta o, según comenta Zumthor, el hombre al asalto del mundo que le ha sido dado.